

EL FILÓSOFO

He aquí que la realidad que nos circunda, tangible, indudable al parecer, va a volverse subitáneamente insegura, problemática, y hasta ha de amenazar anonadarse, evitando ágilmente la garra de nuestro pensamiento exasperado. ¿Qué soy?, clamará ella agresivamente, como uno de esos desmesurados, astutos y multiformes demonios del Ramayana, que perseguido por Rama o por Laskmana, se hubiera venido hasta nosotros, iracundo y engañador, para pugnar formidablemente con un héroe del pensamiento. ¿Será acaso que ahora, como en los poemas, los monstruos no aparecen sino cuando se acerca algún héroe, cual si fueran creados para la prueba y para la gloria de éste?

Pero ¿quién es ese héroe del pensamiento, ante cuya presencia la realidad que nos circunda va a volverse un ineludible, un angustioso problema? ¿Quién es ése que tiene el terrible poder de turbar el reposo profundo de las cosas, de poner en peligro la prístina afirmación del mundo sensible? Sé deciros de él que para acercarse a su meta, ha debido, como el paladín invicto de la selva encantada en el poema del Tasso, atravesar lo aparente sin inmutarse. Su meta es la inquietante, la recóndita profundidad: más allá de la realidad vulgar, ininteligible y maravillosamente matizada; más allá aún de la realidad científica, sin matices, monótona, cuantitativa, calculable; más allá todavía de los principios, de las categorías, donde, a veces, naufragando en el caos, el pensador padece, mártir de la luz, el horrible suplicio de sentir sobre sus hombros un mundo y bajo sus pies un abismo. Más allá todavía: — su meta es la realidad filosófica — conciencia, espíritu, continuo psíquico, continuo material, flujo eterno, representación, perspectiva — la sutil rea-

lidad filosófica donde se desvanecen las contradicciones que llevan hasta ella, aguijoneándolo, al pensamiento, y donde tal vez intuye éste, en divino reposo, la profunda armonía del universo.

Pero diréis acaso: ¿Qué ganaremos al ser privados de la tranquila posesión de nuestra realidad o de nuestra ilusión, llámesele como se quiera? ¿Para qué angustiarnos con tales problemas? ¿Para qué la sombra, el dolor de la sombra? Afirma Sócrates en un diálogo de Platón, expresando el pensamiento de Heráclito y de Protágoras, que el bien del espíritu es la movilidad; es decir, la meditación. El fin de la meditación es la claridad, pero ha de empezar ella por crear la sombra, es decir, el problema. La sombra que llevamos es una posible claridad, es el deforme bloque en que cincelaremos la estatua. Bendigamos la luz, pues, pero no rehusemos el lote de tinieblas que somos capaces de aclarar en esta vida. La extraña suerte del pensador es esa: dar luz y llevar en su entraña la angustia de la sombra. Y ya que la meditación es el bien de nuestro espíritu, sea nuestra misión la claridad. Aceptémosla valientemente y trabajemos por la filosofía que es la máxima iluminación del universo.

¿Quién es ese héroe del pensamiento, he preguntado antes de ahora, que tiene el terrible poder de turbar el profundo reposo de las cosas y de poner en peligro la prístina afirmación del mundo sensible? Mi respuesta será la de Teodoro en *El Sofista*: "... si no creo ver en él un Dios, lo tengo al menos por divino, porque los filósofos son para mí hombres divinos"....

.

Alberto Rougés.